

Miguel Yuste, 40, 28037 Madrid. 91 337 82 00. Fax 91 337 77 86. Contestador automático 91 337 82 64

La última morada de los ingleses

R. FRAGUAS, Madrid

Madrid esconde en Carabanchel Bajo uno de sus enclaves históricos más recoletos y desconocidos para la mayoría de los ciudadanos. Si en los distintos camposantos de la ciudad, según los cálculos municipales, descansan unos tres millones de personas, en el subsuelo de este distrito del sur reposan varios cientos de ciudadanos británicos y protestantes. Por eso, en estos días del comienzo de noviembre, Carabanchel Bajo se ve frecuentado por personas en su mayor parte foráneas que acuden allí con el recuerdo puesto en sus deudos.

Se trata del British Cemetery, Cementerio Inglés de Madrid: árboles, piedra tallada y memoria. Se encuentra en la calle del Comandante Fontanes, junto al cruce de las calles de Inglaterra y de Irlanda. Es visitable martes, jueves y sábados, entre las diez y la una del mediodía.

El paraje tiene menos de una hectárea. Está situado sobre el denominado Cerro de San Dámaso, no lejos del también camposanto sacramental de Santa María. El cementerio británico está vallado por un tapial histórico de ladrillo rojo y mampostería.

El camposanto fue destinado inicialmente a los difuntos de religión protestante

A su interior se accede por una puerta antigua de madera, que abre una fachada rematada por el escudo británico esculpido por Pedro S. Nicoli en piedra caliza. El cementerio alberga enterramientos de ciudadanos de hasta veinte nacionalidades, señaladamente ingleses. Por ser un camposanto y pertenecer a la Embajada del Reino Unido, constituye un islote *doblemente* transterritorial.

En un principio, cuando fuera inaugurado en febrero del año 1854, fue destinado a la sepultura de aquellos difuntos que en vida abrazaban la religión cristiana protestante.

Carabanchel Bajo alberga desde hace siglo y medio el cementerio británico, un enclave desconocido, recoleto y romántico

Durante dos siglos, el Gobierno de su majestad británica se quejó al de Madrid de que sus nacionales, si tenían la desdicha de morir en España, carecieran de un recinto sagrado para acoger sus despojos. Por ello, reiteradamente lo demandaba.

Sin embargo, la política, que acostumbraba no arderarse ni ante los contornos de las tinieblas, impidió durante muchas décadas que tan justa demanda se viera satisfecha por las autoridades madrileñas. El vigor del entonces ministro de Londres en Madrid, lord Howden, y el sentido común del marqués de Miraflores, según cuenta el estudioso británico David J. Butler, combinaron una fórmula en vigor

desde hace 150 años, aunque con altibajos.

Hoy, la situación no parece hallarse en fase alta. Si lo está en su belleza el cementerio, que muestra la pátina virginal romántica de la era en la que

Entre sus más de 800 'huéspedes' se cuenta el domador Parish, heredero del circo Price

fuera fundado en el siglo XIX. Sus sepulturas, con inscripciones en lenguas tan extrañas aquí como el serbio, el griego o el hebreo —el campo-

rosos ciudadanos de religión judía—, dan cuenta de que en su solio se encuentran enterradas personas vinculadas a Madrid como el domador William Parish, casado con la hija de Thomas Price, el dueño del célebre circo Price que aquél heredara y que estuvo en funcionamiento hasta los años sesenta.

Nombres caros a Madrid, como el del fotógrafo Charles Clifford —que retrató las principales obras de ingeniería de la España del XIX—, los Bauer, Bristow, Loewe, Lhardy o Girod, figuran entre los 829 apellidos de personas o familias allí enterradas, como la de los Garrido, guardas del cementerio durante un siglo.

Pero este camposanto, hoy sin subvención oficial alguna y costado por el dinero de particulares, brindó desde siempre y generosamente su lar para acoger a difuntos fieles de otras confesiones huérfanos también, en Madrid, de una última morada.

Cacao

RICARDO CANTALAPIEDRA

Hace ahora quinientos años, en su cuarto viaje a América, Cristóbal Colón conoció en Nicaragua la existencia del cacao, alimento milenario de los mayas. El Salón del Chocolate de París lo celebró este fin de semana por todo lo alto: esa vaina de la familia de las esterculiáceas inundó Europa de dulzuras desconocidas, y además nos llegó con rumor afrodisíaco. En Madrid no se han organizado celebraciones especiales porque no hace falta: tenemos cacao permanente; no es sólo caos. Madrid necesita un bombón, dicho sea sin señalar.

Porque ya no quedan ni chocolaterías, excepción hecha de la de San Ginés, refugio de pecadores y golosos del amanecer. Incluso la propia palabra "chocolate", de origen azteca, ha adquirido matices jorobados por su clandestina relación con los "camellos", que también son clandestinos. El término "pastilla", tradicionalmente asociado al chocolate, goza asimismo de prestigio canalla en la actualidad por culpa de frenéticas juventudes y desaprensivos dromedarios metidos en el negocio del *bakalao* y el desatino.

Pero los ortodoxos sabemos que el chocolate, científicamente, sigue siendo el *Theobroma cacao*, que no significa broma o risa de los dioses, como quisieran los libertinos ignorantes, sino "alimento de la divinidad", elixir celestial que amaina algunas amarguras. Pertenece al grupo privilegiado de plantas "estupefactas" que, con sus más y sus menos, se han implantado clamorosamente en Occidente hasta el punto de ser legales, como el café, el tabaco o la vid.

Distinta suerte ha corrido el cannabis, que sigue siendo maldito en Occidente porque no pertenece, dicen, a nuestra cultura, y porque si lo legalizaran se iban a hundir muchos negocios. Dicen que el chokolatito alivia penas. Tal como se presenta de sombrío este noviembre, quizá haya que atiborrarse cada tarde a chocolatazo espeso con churros, picatostes y mojonos (las porras son belicistas). También es buena época para consolarse con setas, que son estúpidas pero sabrosas. Pero, sobre todo, éste es el tiempo de las castañas y, por tanto, de las castañas. Todo sea para conmemorar el cacao que estamos padeciendo.



Fachada del cementerio inglés de la calle del Comandante Montantes (Carabanchel). / CLAUDIO ÁLVAREZ